

—Todo está rigurosamente encadenado en el mejor de los mundos imaginables —decía a veces Pangloss a Cándido—; porque la verdad es que si no os hubiesen despedido de un hermoso castillo por el amor de la señorita Cunegunda, si no os hubiesen metido en la Inquisición, ni hubieseis recorrido a pie América, ni endilgado una estocada al barón, ni perdido los carneros de El Dorado, no comeríais aquí azambogos confitados y pistachos.

—Decís bien —contestó Cándido—. Pero lo único que debemos hacer es cultivar nuestra huerta.

VOLTAIRE. *Cándido*.

PRIMERA PARTE

1

El tren llegó a mediodía, por aquella época la ciudad era pequeña y estaba llena de cuestas. Al bajar del vagón, sintió cómo el frío húmedo le penetraba apresuradamente los poros de la piel. En un movimiento instintivo, se pasó todos los botones de su abrigo de lana por los ojales ayudándose de los dedos de ambas manos y se ciñó la parte próxima al cuello para cubrirse la garganta. Después echó a andar por el andén con pasos muy cortos y seguidos como si tuviera mucha prisa por llegar a algún sitio concreto. De su mano colgaba una maleta de cuero liviana como una pluma que contenía las pocas pertenencias que Cándido poseía y había traído consigo. A su lado caminaba otro hombre tratando de seguirle el paso.

Los zapatos de Cándido, negros, cerrados y con cordones, estaban más limpios que los de su acompañante. Los trasladaban, habían leído en sendas cartas, a Cándido desde Valladolid y a su compañero desde Palencia; se habían conocido en el tren. El hombre era cinco años mayor que Cándido, estaba casado y tenía dos hijos. Su familia vendría en unos meses cuando pudieran alquilar un piso para los cuatro. De momento se quedaría en la misma pensión de la calle Argentina donde iba a hospedarse Cándido.

En la estación esperaba el capataz, que los recibió con una sonrisa y la expresión de alivio al ver cumplidas sus expectativas con aquellos dos hombres jóvenes, preparados y ansiosos por trabajar. Al lado del capataz había otro hombre de corta estatura al igual que Cándido. Era el Jefe de Estación. Los condujeron a una oficina donde recibieron instrucciones sobre el trabajo que iban a desarrollar y les dijeron que volvieran a la mañana siguiente, a las siete. Después les suministraron unos trajes de obra limpios de talla media que Cándido tendría que arremangar por las muñecas y enrollar dando tres vueltas en la parte de los tobillos. Cándido cogió su uniforme y sonrió al mozo almacenista que se lo ofrecía revelando la expresión que más repetiría a lo largo de su vida. Por último, les explicaron brevemente cómo llegar a la pensión. «Es muy fácil, está muy cerca, tenéis que subir por ahí, luego girar a la izquierda y después a la derecha», dijo el capataz señalando con las dos manos hacia lo alto de una colina salpicada de casas.

Los dos hombres pusieron rumbo entonces hacia la calle Argentina siguiendo las indicaciones que les habían dado en la estación. Su nuevo hogar se situaba en la ladera sur de aquella colina desde donde se veían las vías de los trenes. Esa iba a ser la casa de Cándido durante casi tres años hasta que se fuera a vivir con Feli al piso de su suegra.

La puerta de la calle estaba entreabierta y tenía pegado un pequeño rótulo de plástico en el que se leía «PENSION» en letras mayúsculas, negras, y sin acento en la «o». Al entrar, sonó una campanilla colocada por encima de la puerta.

Doña Fernanda, la dueña de la pensión, era una mujer joven pero de aspecto frágil y huesos sonoros al andar. Los recibió en lo alto de la escalera con un pasamanos sencillo, ambos de madera y sin barnizar. Era viuda y había convertido su casa en una residencia de huéspedes tras la muerte temprana de su marido que había sido ferroviario. La casa, de dos pisos, la habían comprado ella y su marido con el dinero de una herencia de la familia de ella. Doña Fernanda vivía en la planta baja y alquilaba tres habitaciones, dos de ellas dobles, en el piso superior. Sus huéspedes solían quedarse temporadas largas, casi todos eran ferroviarios. Doña Fernanda los dirigió a la habitación que compartirían para que dejaran sus maletas y después les enseñó dónde estaban el baño, el cuarto de estar y el comedor, que se encontraban en la planta baja. Pasaría a recoger la ropa sucia una vez a la semana. El desayuno se serviría de cinco a siete de la mañana y la cena a las ocho y media de la tarde. Si se ausentaban para cenar, por favor, debían decírselo con tiempo para calcular cuánta comida hacer.

Cuando terminaron las explicaciones, los dos hombres subieron de nuevo a la planta superior y se quedaron solos en su habitación. Cándido nunca había visto el mar y le preguntó a su nuevo amigo si quería acompañarlo a dar un paseo antes de la cena pero este, falto de interés y cansado tras la sobrecitación del día, le dijo que se iba a echar un rato, que no tenía tanto fuelle como él, aunque tampoco había visto nunca el mar. Mientras su compañero hablaba, Cándido se había quitado el abrigo, los

zapatos, y estaba deshaciendo su maleta. Doblaba y guardaba cuidadosamente la ropa en uno de los dos armarios de madera con un espejo en forma de media luna. Aunque lo hacía de forma delicada, sus movimientos eran rápidos y seguros. Su compañero, tumbado en la cama, observaba con los párpados entrecerrados cómo Cándido se movía ágil y hacía sus labores con premura y minuciosidad. Cuando terminó de guardar las cuatro cosas que tenía en el armario, se paró un momento a suspirar. Luego volvió a acelerarse, se quitó la camisa blanca y la camiseta interior de algodón sin mangas para cambiarla por otra idéntica, pero limpia y bien doblada, que acababa de guardar en el armario. Con la misma rapidez, se puso la misma camisa blanca que había traído durante el viaje y los zapatos negros, sus únicos zapatos, que cuidaba con esmero desde que los compró tres años antes cuando entró a trabajar como operario en las vías del tren con diecinueve años. Después se colocó el abrigo, lo abrochó bien, cogió la boina, y salió de la habitación sin hacer ruido aunque habría hecho falta que pasara una máquina de vapor a toda velocidad para despertar a su compañero que había caído en un dulce coma.

Al cruzar la puerta de la calle, el viento frío lo azotó en la cara y le levantó los pelos de la línea del bigote. Desde que le había salido la primera pelusilla con trece años, Cándido había estado trabajando su bigote. Lo cortaba, lo perfilaba y en dos ocasiones se lo había afeitado para que el pelo creciera con más vigor. Era una recomendación de su abuela, que había estado observando a su marido durante muchos